

La jubilación del niño mago

El largo cuento de Harry Potter, la serie más rentable de la historia de la literatura, termina con la séptima novela. J. K. Rowling ha logrado que su mago crezca sin perder lectores ni magia. Por Fernando Savater

Harry Potter y las reliquias de la muerte

J. K. Rowling
Traducción de Gemma Rovira Ortega
Salamandra. Barcelona, 2008
640 páginas. 22 euros

Harry Potter i les relíquies de la mort (catalán)

Traducción Xavier Pàmies Jiménez
Empúries. Barcelona, 2008
736 páginas. 22 euros

POR MUCHO QUE SE ENFADEN los profesores bienintencionados, los críticos intransigentes, los poetas malditos y Harold Bloom, el público lector cuenta y no poco a la hora de establecer la eficacia de un texto literario. No es el único baremo de calidad, porque el público lector (subrayo lo de "lector" para diferenciarlo del simple "comprador" de libros publicitados, que ni es público ni nada) comparte el generoso entusiasmo de los amantes por las adulteraciones, pero sin duda aporta el indicio seguro de alguna cualidad positiva y sobre todo responde al a menudo olvidado propósito final del arte literario y de todo arte: suscitar agrado.

De modo que se equivocan los que abominan de las novelas de Harry Potter por su gran éxito, atribuyéndolo a una mera operación mercantil. Por el contrario, como en otros casos, la operación mercantil es consecuencia del éxito, no su causa. Y hasta diríamos que con tanto merchandising termina por enturbiarse lo mejor del producto y hasta por devaluarse, a fuerza de promoción abusiva fuera del campo estricto de la literatura.

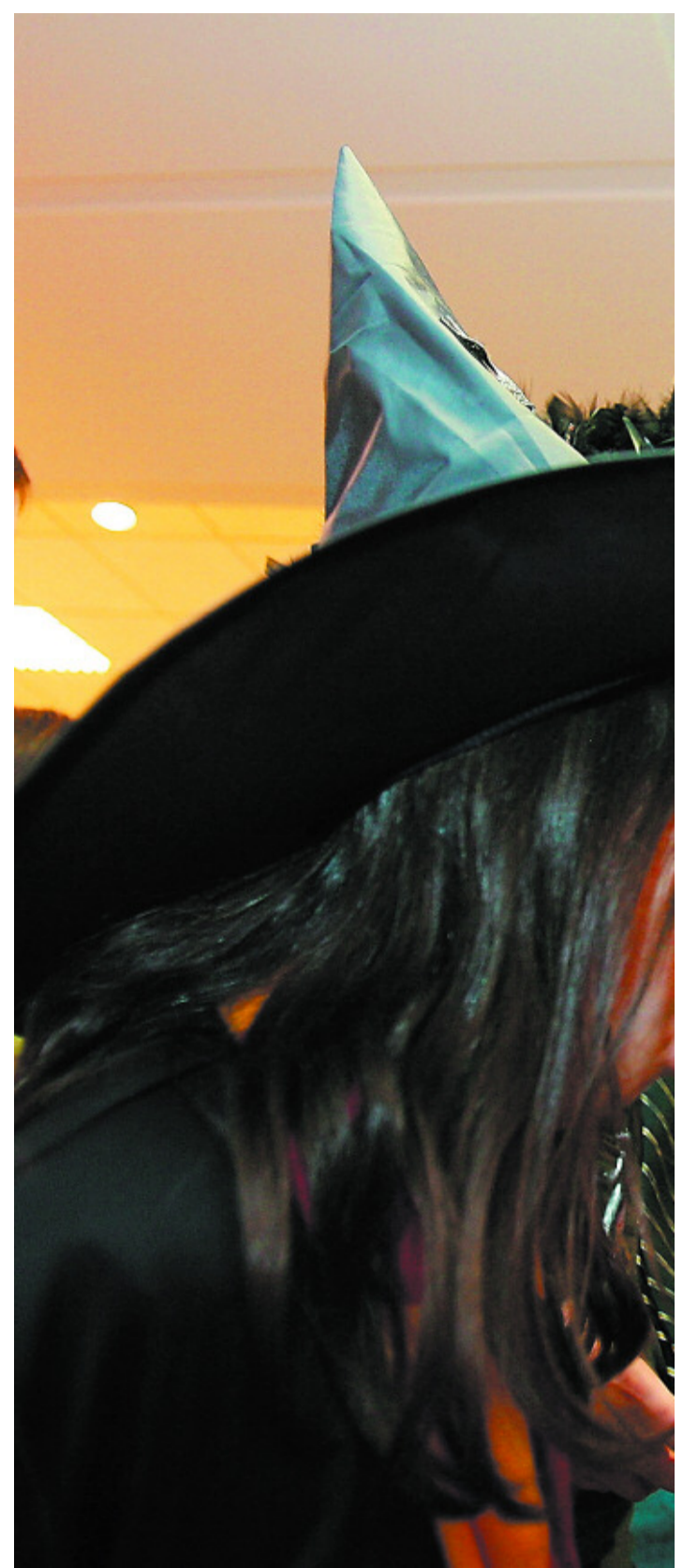
Las primeras novelas de Harry Potter no les gustaron a los editores, ni mucho menos a los críticos (en el supuesto de que alguno se ocupase de ellas) y dudo de que nadie las recomendase como lectura en los colegios, pero se ganaron a los niños. Su nombradía actual, ya abrumadora, proviene en primer lugar de esos lectores nada fáciles de sobornar, aunque hoy sean muchos otros quienes la rentabilizan. Después de todo, ¿no es el caso de J. K. Rowling lo más parecido a la historia de Cenicienta en el campo editorial? Y si al final, contra toda conspiración de madrastras y hermanastras, la huerfanita a la que daban de lado ha acabado casándose con el deseado Príncipe... ¿basta ese desenlace

La operación mercantil es consecuencia del éxito, no su causa

triumfal para negarle con altivez nuestra simpatía a la pobre afortunada?

Cuando la saga de Harry Potter comenzó a tener seguidores, Rowling anunció que constaría de siete novelas, ni más ni menos. Y aquí está la última entrega. Todo parece indicar que la autora está dispuesta a cumplir su promesa, aunque sin duda no le faltarán jugosas ofertas para que añada nuevos episodios. Un lector que leyese

la primera aventura de Potter a los doce años y haya permanecido fiel a todas sus peripecias ahora tendrá ya más de veinte. Las novelas han ido evolucionando también, se han hecho más complejas y maduras, pero el proceso ya no da mucho más de sí. Al principio el tono era más juguetón, voluntariamente humorístico hasta la caricatura y se atenía a la fórmula de colegiales travessos y emprendedores que acuñó excelentemente Enid Blyton (cuyas Torres de Malory se dejan ver al trasluz en el colegio Hogwarts). También tomaba prestados algunos trucos de la novela policíaca clásica (el más sospechoso nunca es el criminal, etcétera) y por supuesto un fondo mágico general deudor —como ha llegado a ser casi obligatorio en nuestros días— de la gran epopeya de Tolkien. En alguna entrevista, Rowling proclama que no logró acabar ni siquiera el segundo tomo de El señor de los anillos, pero es indudable que lo que alcanzó a leer de la obra le ha sido extraordinariamente fructífero. Albus Dumbledore es un Gandalf menos épico que doméstico, Severus Snape guarda parentesco con Saruman, el oscuro señorío de Voldemort es un malditismo de lo más Sauron, los mortífagos y demones descienden por vía directa de los Nazgules y los dragones, gigantes bondadosos, centauros, arañas gigantes en bosques encantados, elfos, etcétera parecen tener su cuna (o al menos una segunda residencia de veraneo) en la Tierra del Medio. Sin embargo, pese a todas estas influencias y otras que sería ocioso detallar, la narrativa de Rowling tiene personalidad y sobre todo gracia propias: sus persona-



jes son frescos y convincentes, sus enredos argumentales prenden la atención y logra a veces escenas de fuerza casi surreal que recordamos después de haber cerrado el libro. Aún más, ha logrado instrumentar un crescendo de interés a lo largo de las siete novelas, que —pese a su extensión también creciente— consigue mantenerse con pocos baches ocasionales.

Pero creo que hace bien en echar el cierre al largo y entretenido cuento, antes de que se vuelva fastidioso. El dramatismo tenebroso de las tres últimas entregas

Héroes juveniles contemporáneos

Lyra Belacqua. 11 años. Huérfana. Vive en el Jordan College de Oxford, donde recibe las visitas de su tío, lord Asriel, un científico aventurero empeñado en resolver el misterio del Polvo, que contiene la sabiduría del mundo y que persiguen también los miembros del Magisterio, una tenebrosa organización dispuesta a conquistar el mundo. Lyra Belacqua es la protagonista de la trilogía *La materia oscura*, escrita y publicada en 1997 por el profesor inglés Philip Pullman. Una brillante y ambiciosa historia que nació rodeada de polémica por el supuesto ataque a la Iglesia que algunos vieron en ella —el autor insiste en que no está contra la religión, sino contra todo tipo de dogmas— y por la complejidad de un argumento denso, lleno de referentes científicos y filosóficos, poco asequibles para los lectores más jóvenes que, en la misma época, ya leían apasionadamente a Harry Potter. Obra-fetiche en algunos círculos adultos, y defendida como

la alternativa "cult" a la saga de Rowling, nunca alcanzó la popularidad de Potter, aunque ahora, apoyada en el estreno cinematográfico de *La brújula dorada*, superproducción basada en el primer libro de la serie, vuelve a la actualidad.

Trilogía *La materia oscura* (*Luces del Norte*, *La daga*, *El catalejo lacado*). Philip Pullman. Ediciones B y, en catalán, en Empúries.

Artemis Fowl, el cínico. 12 años. Superdotado. Experto en nuevas tecnologías. Rico, caprichoso y sin escrúpulos, Artemis Fowl no duda en cometer actos criminales para conseguir sus propósitos. Su primera incursión en el mundo del crimen —un fabuloso plan para robar el oro de los duendes que le permita aumentar la fortuna familiar— le obligará a enfrentarse a un poderoso mundo subterráneo de hadas, duendes y elfos que, para sorpresa de Artemis y también de sus lectores, poco tiene que ver con el mundo maravilloso de los cuentos. Guerre-

ras, bien organizadas y expertas también en tecnología, las criaturas mágicas no están dispuestas a que un joven "mequetrefe" humano invada y saquee su mundo. Así que la batalla será cruenta. Pero Artemis es un "chico malo" lleno de recursos (en algunos momentos sus hazañas tienen el aire de un joven y cínico James Bond), que no se rinde fácilmente.

Artemis Fowl. Eoin Colfer. Montena.

Tobi Lolness, el ecologista diminuto. El que tampoco se rinde es Tobi Lolness, el hijo adolescente de un científico perseguido por sus ideas ecologistas. Miembro de una comunidad de "humanos" diminutos que viven en un árbol, Tobi tendrá que defender a su familia de quienes tratan de robar el importante descubrimiento de su padre: un nuevo recurso energético que mejoraría la vida en el árbol o que podría destruirlo.



Generación pre-Potter

Por Victoria Fernández

HARRY POTTER HA VENIDO A CAMBIAR, entre otras cosas, el modelo de niño protagonista en la literatura infantil. A mediados del siglo XX, esos protagonistas eran niños normales, como cualquiera de los lectores de sus aventuras. Vivían en este mundo, en familias de clase media; iban al colegio y disfrutaban de sus amigos; observaban con perplejidad las normas y convenciones adultas, pero las acataban razonablemente, hasta que su inocente pero implacable lógica (nada de magia ni de poderes) les hacía chocar contra ellas y ponerlo todo patas arriba. Su misión en la vida, lejos de salvar el mundo o luchar contra las fuerzas del Mal, era crecer para llegar a ser “personas de provecho” y, mientras tanto, pasarlo lo mejor posible. El inglés Guillermo Brown y el Pequeño Nicolás francés, junto con las irresistibles pandillas de Enid Blyton, marcaron una época que sufrió un auténtico sobresalto con Pippi Calzaslargas, la anárquica pelirroja sueca que escandalizó a los adultos y conquistó a los niños del mundo. En España, tocando ya el cambio de siglo (y con el fenómeno Potter en marcha), Manolito Gafotas vendría a añadirse a la lista de honor de esos geniales personajes, inolvidables para los adultos nostálgicos, pero quizás ya antiguos para los niños del mágico y tecnológico siglo XXI.

La tibia acogida que han tenido las reediciones de todas estas series, todas disponibles en librerías, a excepción de las de Blyton, que parecen haber encontrado un público más receptivo, apunta a que los lectores siguen enganchados a la pottermanía. Y los editores también, deslumbrados por la posibilidad de encontrar al heredero del imperio Potter. Pero todavía nadie lo ha conseguido. La apabullante avalancha de novelas fantásticas, de desigual calidad, y el variopinto muestrario de personajes candidatos a suceder al niño-mago no ha conseguido, aún, superarlo. Sólo hoy, con el estreno de la superproducción *La brújula dorada*, basada en la trilogía *La materia oscura*, de Philip Pullman, un nuevo personaje parece perfilarse como sucesor: Lyra Belacqua. Chica, con poderes especiales y aliados fantásticos, y con la misión de defender la libertad del mundo, reúne los requisitos para ganar el favor de los lectores. Habrá que esperar para constatarlo. Por lo pronto, J. K. Rowling nunca ha tenido empacho en referirse a las influencias que le permitieron crear el universo Potter. Agradecida lectora de Tolkien (*El Señor de los Anillos*) y de C. S. Lewis (*Crónicas de Narnia*); de Lewis Carroll (*Alicia en el País de las Maravillas*) y de Roald Dahl (*Charlie y la fábrica de chocolate*, *Matilda*); de Michael Ende (*La historia interminable*) y de Enid Blyton (*Los cinco*, *Las mellizas en Santa Clara*), todos son, según sus declaraciones, sus referentes. •

Pippi (Juventud) / *Guillermo Brown* (Molino) / *El Pequeño Nicolás* (Alfaguara) / *Los cinco* (Molino) / *Manolito Gafotas* (Alfaguara).

Fans en la librería Indigo de Toronto (Canadá), el día que se puso a la venta en julio de 2007 *Harry Potter y las reliquias de la muerte* en inglés. Foto: Mark Blinch

—cada vez más lejano a Enid Blyton y más reconociblemente tolkeniano— se hace difícil de prolongar sin desvirtuar por completo la espontaneidad simpática de los personajes principales. Sería equivalente a convertir a Tintín y Haddock en protagonistas de un cómic estilo Sin City... Y no es porque esta última entrega carezca de méritos propios. Aún logra momentos impresionantes, como la expedición a los sótanos del banco de Gringotts, y el asedio de Hogwarts —pese a que su tono épico general es algo confuso y light— no deja de estar contado con eficacia. Más difícil

todavía: el drama moralizante que subyace el enfrentamiento final tiene honestidad y cierta riqueza ambigua. Su defensa del mestizaje contra los fanáticos de la sangre “limpia”, su vinculación inextricable entre lo peor de la ambición y la energía de la inocencia, incluso su aceptación definitiva de la mortalidad irreversible (cuando tan fácil parecía ceder a la tentación “espiritualista”) despiertan simpatía entre los lectores maleados que no renunciamos del todo a una cierta dimensión educativa en la pureza narrativa. Al final de los finales, los magos crecen,

salen de la adolescencia y se convierten en padres y madres de familia, como era de esperar y quizá de temer. Pero seamos sinceros: ¿cabía esperar otra cosa? La edad de los hechizos concluye en la paternidad responsable y el último conjuro, el más difícil y necesario de todos, el irreversible, es el que lanzamos para proteger y bendecir a los hijos que van a seguir viviendo la aventura eterna en nuestro lugar. •

Tobi Lolness. Timothée de Fombelle. Salamandra y, en catalán, en Empúries.

Eragon y la dragona Saphira. Con 15 años, campesino y pobre. El joven Eragon encuentra una piedra preciosa en el bosque donde ha ido a cazar. Piensa que, si la vende, podrá aliviar el hambre y la necesidad de su familia. Pero no consigue venderla y a los pocos días la piedra se rompe y sale de ella una cría de dragón hembra. Eragon decide quedársela, aunque eso está prohibido en el reino, Alagaësia, donde antes reinaba la paz, gracias a los Jinetes protectores y sus inteligentes dragones, y ahora reina el tirano Galbatorix. Jinetes, dragones y elfos han desaparecido y la amenaza de guerra se cierne sobre el país. Eragon y su dragona, a la que ha puesto de nombre Saphira, y con la que puede comunicarse, serán los elegidos para devolver la paz a Alagaësia.

Trilogía *El Legado* (Eragon, *Eldest*). Christopher Paolini. Roca.

Ishtar, reina de los zitis. El mismo objetivo, pero en el

planeta Ki, situado en un misterioso universo paralelo a la Tierra, tendrá que conseguir Ishtar, una niña de 11 años que está destinada a heredar de su abuela el legendario reino de los zitis, una de las seis razas que conviven, en perpetuo enfrentamiento, en el planeta Ki. Valiente y atrevida, Ishtar se someterá a un intenso aprendizaje que le dará acceso a extraordinarios poderes y al trono de los zitis.

Trilogía *Kadingir* (*El cetro de Zink*, *El señor de Zapp*). Joan Llongueras y Mercè Masnou. Roca.

Victoria, Jack y Kirtash, de Idhún / Bella y Edward, el vampiro / Anaïd, la bruja. Un triángulo amoroso y una pareja arrebatada de amor, al más puro estilo romántico, son el potente motor —más aún que el componente fantástico— de las dos trilogías fantásticas más populares en España, después de *Harry Potter*. El conflicto amoroso entre Victoria, Jack y Kirtash, los adolescentes protagonistas de las fabulosas *Memorias de Idhún*, de la valenciana Laura Gallego, y el amor imposible de la joven Bella

y el vampiro Edward, en la inquietante trilogía de la norteamericana Stephenie Meyer —el último título de la serie, *Eclipse*, consiguió adelantar en las listas de ventas a *Harry Potter* el verano pasado— son, en ambos casos, el principal elemento de tensión de unos relatos que aportan una nueva perspectiva al género, de indudable atractivo para los jóvenes lectores, desmarcándose así del *fantasy* al uso.

La guerra entre los sexos aparece también en otra trilogía española de éxito, *La guerra de las brujas*, de Maite Carranza, en la que, en un microcosmos femenino, en el que no hay lugar para los hombres y en el que viven enfrentadas las brujas Omar con las Odish, la joven Anaïd rompe, por amor, las reglas del matriarcado, y pone en peligro su misión como elegida.

Trilogía *Memorias de Idhún* (*La Resistencia*, *Triada*, *Panteón*). Laura Gallego. SM. Trilogía de vampiros (*Crepúsculo*, *Luna nueva*, *Eclipse*). Stephenie Meyer. Alfaguara. Trilogía *La guerra de las brujas* (*El clan de la loba*, *El desierto de hielo*, *La maldición de Odí*) Maite Carranza. Edebé. V. Fernández